

**MIGUEL DURÁN
ESTHER JAÉN**

**LO QUE HAY
QUE VER**

Memorias de un ciego
que se impuso a todas
las adversidades

PENÍNSULA **HUELLAS**



Lo que hay que ver

Miguel Durán

Esther Jaén

Memorias de un ciego que se impuso
a todas las adversidades

Prólogo de Pedro Ruiz

© Miguel Durán Campos, 2019
© Esther Jaén Macarro, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2019

© del prólogo: Pedro Ruiz Céspedes, 2019

Iconografía: Grupo Planeta

© de las imágenes del pliego: archivo del autor, Eugenio, Fotografía y video Montseny, Jaume Soler i Arias, Luis Dalda y M. Povedano

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 4.854-2019
ISBN: 978-84-9942-777-5

ÍNDICE

Prólogo: «Miguel Durán... no ver para creer», por Pedro Ruiz	11
1. El niño que veía lo traspuesto	15
2. Del nido a la «factoría ONCE»	43
3. Bienvenido al mundo de los videntes	73
4. Asaltando el poder de la ONCE	109
5. Haciendo amigos... favor con favor se paga	139
6. La muerte del presidente y el auge de Miguel Durán	167
7. Miguel Durán vence a sus conspiradores... y a Pilar Miró	191
8. La ONCE se hace banquera: pelotas y pelotazos	217
9. Los ciegos toman la tele	247
10. Miguel Durán en el avispero mediático	275
11. Jaque al ciego: hay vida después de la ONCE	303
12. Entrar en política... y salir huyendo	335
Epílogo de Miguel Durán	361

EL NIÑO QUE VEÍA LO TRASPUESTO

Agustina estaba sola en casa cuando sintió las primeras contracciones. Ya había pasado otras cuatro veces por lo mismo, así que estaba segura de que la criatura estaba a punto de nacer y que venía con prisas. Apenas tuvo tiempo de avisar a su vecina, Primitiva, para que se ocupase de asistirle y mandar recado a su marido y padre de la criatura cuando sintió que asomaba ya entre sus piernas el que iba a ser su quinto hijo... ¡a sus cuarenta y tres años!

«¡Otro hijo de la gran puta!», exclamó entre dientes Primitiva, la comadrona accidental, para certificar a la parturienta que había sido niño, su hijo Miguelito, Miguelito el Lechugo para los convecinos de su pueblo natal, Azuaga, una localidad extremeña de la provincia de Badajoz que conoció su esplendor económico desde mediados del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX, mientras las minas de vanadio y plomo dieron su fruto. Pero, para cuando Miguel Durán Campos llegó al mundo, el 2 de julio de 1955, las minas habían dejado de producir y la decadencia empezaba a apoderarse de la región. Enseguida comenzaría el éxodo de aquellos vecinos y familias enteras que buscaban una oportunidad y un futuro mejor en los núcleos industriales, cerca de las grandes ciudades. La familia de Miguelito acabaría siendo una de ellas, aunque por aquellos días no se lo hubiesen planteado siquiera.

El destino, que es caprichoso, quiso que Miguelito viniera a este mundo de la mano de Primitiva y que fuese también aquella vecina con nombre de juego de azar quien se percatase, pocos meses después de su nacimiento, de que algo no iba bien. «Agustina, este niño no ve bien», le espetó a bocajarro a la orgullosa mamá. Ofendida y aplicando el principio de negación inmediata, Agustina replicó al punto con una expresión autóctona: «Primitiva, mi niño ve lo traspuesto». Tal era su amor de madre que pretendía que su Miguelito fuese casi un superdotado visual. Sin embargo, Primitiva era tozuda, y la realidad lo fue más si cabe. Por aquellas fechas empezaron con los movimientos de manos para que la criatura las siguiese con la mirada, pero no hubo éxito. Fue también entonces cuando aparecieron el llanto y la pena, seguidos de la convicción de que el «problema de Miguelito» tenía que tener alguna solución. La buscaron tanto como los escasos recursos económicos y el tiempo se lo permitieron. En sus primeros cinco años de vida, Miguelito visitó varias consultas de oftalmólogos en Sevilla, Zafra, Badajoz y Barcelona, entre otros lugares. De ellos, a sus sesenta y tres años, solamente recuerda el nombre del primero que lo vio: «Un tal Zbikowski, o así lo pronunciaban, al menos, que tenía la consulta en Sevilla y que, mientras explicaba a mis padres que mi ceguera no tenía solución, me permitía montar en un triciclo y recorrer con él la antesala de la consulta». El siguiente nombre que recuerda de entre tanto oftalmólogo como visitó durante su infancia es el de Ignacio Barraquer. Tenía algo más de cinco años cuando, en marzo de 1961, gracias a la herencia que recibieron tras la muerte del abuelo, Miguelito y su padre pudieron viajar hasta Barcelona, a la clínica y consulta del entonces más prestigioso y reconocido oftalmólogo de España. El trayecto fue largo y costoso, y la herencia no daba para gran cosa, así que Miguelito y su padre se alojaron en casa de los tíos Joaquín y Emilia, que por aquellos tiempos ya habían emigrado a Barcelona, concretamente

a Sant Boi de Llobregat, donde él se ganaba la vida infinitamente mejor que en Azuaga. Tras largas horas de viaje en tren y algún que otro transbordo, llegaron a casa de los tíos, y allí hicieron noche en un jergón que la tía Emilia extendió en el comedor. Al día siguiente, Miguelito incorporaría dos conceptos nuevos a su realidad infantil que iban a marcar el resto de su vida adulta.

«Hasta entonces —rescata de entre sus recuerdos Miguel Durán, como quien desempolva una reliquia— yo había escuchado el llanto de mi madre, pero jamás había oído llorar a mi padre.» Rafael Durán, el Lechugo, quien decidió tomar prestado el nombre de su padre, Miguel, para hacerse llamar así a él mismo a pesar de lo que dijese su documentación y para bautizar a su quinto hijo, lloró amargamente en la consulta del doctor Barraquer cuando este sentenció: «No vayáis a más sitios; este niño es ciego».

Para aquel niño ciego, aquello fue como «un topetazo que jamás he olvidado, porque me impactó muchísimo escuchar el llanto de mi padre».

El segundo descubrimiento de la jornada no tuvo el mismo impacto para Miguelito en el momento, aunque sí lo tendría a lo largo de su vida: «Aquella fue la primera vez que oí mencionar a la ONCE». Desde entonces no dejaría de escuchar aquellas siglas, las de la Organización Nacional de Ciegos Españoles, aunque su primer contacto con la organización, a cuya cúpula llegaría años después, todavía se haría esperar.

Aquel mismo día, después de salir de la consulta del doctor Barraquer, Miguelito volvió a oír hablar de la ONCE, en esta ocasión, por boca de su tío Joaquín. El bueno de su tío insistía en asociar las siglas a la palabra «influencias». Había que buscarle influencias y recomendaciones a Miguelito para que el niño pudiese entrar en la ONCE.

Al día siguiente, Miguel padre volvió a llorar delante de su hijo al sincerarse con una desconocida en el vagón de terce-

ra con el que volvían a casa. Al llegar al pueblo, Agustina, su madre, y la abuela Laureana le tomaron el relevo, y Miguelito no volvió a oír el llanto de su padre jamás. La familia asumió que no había cura médica ni científica para el menor de los Durán Campos. No obstante, la leyenda del niño que veía lo traspuesto lo siguió persiguiendo durante años.

De Miguel Durán se ha murmurado con insistencia que, en realidad, su ceguera no era tal, que podía ver (con una cierta dificultad, pero ver al fin y al cabo), con lo que obtenía, así, una posición ventajista frente a quienes le daban trato especial por su condición de «invidente». Ante semejante acusación de picaresca sin límites, él sonríe con resignación y exclama: «¡Qué más quisiera yo!». También admite:

[Durante unos años] tuve lo que se denomina un resto visual; podía distinguir un foco de luz y alguna sombra en movimiento, pero eso duró apenas hasta mis treinta años. Me ayudó para jugar de «medio estorbo» al fútbol, cuando, de chico, me permitían jugar. Mi misión era esperar no lejos de la portería y, convenientemente alertado por las voces de mis compañeros, tratar de deducir el movimiento del rival gracias a las luces y las sombras, y entorpecer la carrera de cualquier delantero que amenazase con llegar hasta la portería de los míos.

Durante su niñez, Miguel jugó de «medio estorbo» con entusiasmo e incluso con algún que otro acierto, pero no fueron aquellos episodios los que más escamaron a los que seguían afirmando por lo bajo que veía lo traspuesto.

Un buen día, mientras Miguelito mataba el tiempo en la puerta de su casa, creyó oír a la burra que tenía su vecino Curro el Mono, el marido de Primitiva, la misma que lo ayudó a venir al mundo. El animal solía pacer tranquilamente un poco más arriba de su casa. Aquel día Miguelito llevaba consigo el tirachinas («tirador», lo llamaban él y sus amigos) que le había fabricado su hermano mayor, Leo, con una rama y unas gomas,

así que, cuando escuchó lo que entendió que era una gigantesca micción de la burra, guiándose exclusivamente por su oído y su sentido de la orientación, cargó el tirachinas con una buena piedra, apuntó y descargó la munición. Cuál no sería su sorpresa cuando, inmediatamente después del sonido del impacto, Miguelito oyó a una voz femenina chillar: «¡Hijopuuuuuuta!».

La víctima de su fino oído y su pericia lanzadora era la tía Jenara, una vecina del pueblo ya entrada en años que, como otras muchas, usaba faldones largos y pañuelo anudado a la cabeza. La ropa interior no se estilaba con aquella indumentaria, con lo que las mujeres del pueblo que usaban aquellos ropajes tenían, al menos, una ventaja: cuando la vejiga apretaba, se aliviaban sin más preámbulos, tratando, eso sí, de no salpicar la enagua... Y eso fue lo que hizo precisamente la tía Jenara, con la tranquilidad de que orinar a pie parado ante un niño ciego era poco más o menos que hacerlo en la intimidad. Por desgracia para la cadera de la tía Jenara, que es donde impactó el pedrusco, Miguelito era ciego, pero no sordo. Y muy hábil con el tirachinas.

Consciente de su estropicio, el niño se refugió en su casa a toda prisa, pero la tía Jenara llamó a su puerta, presa de una furia vengadora e impulsada por el escozor intenso de su cadera. «No se preocupe usted, tía Jenara —trataba de calmarla Agustina—, que yo a este niño le preparo una tarea... —así es como se referían los lugareños a dar una paliza— que ya lo arreglo yo.»

Tras despachar a la tía Jenara, Agustina preparó una de sus mejores broncas a su adorado Miguelito, aunque hoy él mismo recuerda: «Yo sabía que, a pesar de estar riñéndome, se estaba partiendo de risa, porque yo no dejaba de repetir que había creído que era la burra de Curro, que estaba meando, y la confusión tenía su gracia».

Años después, ante el médico militar que se ocupaba de certificar qué reclutas eran aptos y cuáles no, un Miguel de veinte años no podía entender que aquel señor pusiera en duda

su ceguera y, por tanto, su evidente imposibilidad de realizar el servicio militar. Pero decidió ser «lo que ese energúmeno quisiera» en cuanto lo oyó vocear: «¡Aquí quien decide si eres ciego o no soy yo, chaval!». Con todo, la decisión acabó con un sello estampado en su cartilla que decía: «Inútil total».

Con estos antecedentes, no es de extrañar que a Miguel Durán ni siquiera le sorprenda el relato del periodista Germán Álvarez Blanco, quien sostiene que el mismísimo Silvio Berlusconi le manifestó en su día sus dudas con respecto a la ceguera del que fuera presidente de Telecinco en España, además de director general de la ONCE. Tampoco parecen sonarle novedosos los chascarrillos de que él seguía con la mirada a las famosas Mama Chicho, unas bailarinas ligeritas de ropa que fueron imagen del canal de televisión privado en sus inicios.

Dudas y recelos al margen, la familia y allegados de Miguelito eran conscientes de que era ciego y que la ciencia médica poco o nada podía hacer por él. La que más claro lo tenía era su madre, quien, sin embargo, trató de impedir durante años su incorporación a la ONCE. Agustina adoraba a su hijo y estaba convencida de que, más allá de la formación que pudiera recibir allí, Miguelito era aún muy pequeño para que lo arrancasen de su lado y lo llevasen a un internado, que era la única fórmula educativa que ofertaba entonces aquel organismo. Pasados los primeros llantos y sofocos tras la última visita al doctor Barraquer, la madre urdió una estrategia: nadie iba a separarla de su hijo, tan pequeño y necesitado de protección; ¡ni el mejor internado de la ONCE! Por ello repitió una y otra vez a Miguelito que, si su padre (partidario de intentar integrarlo en la ONCE y su red educativa) o cualquier persona le preguntaban si quería ir a un colegio especial para niños como él, dijera que no y llorase mucho. Cómplices como eran, madre e hijo se zafaron durante otros cinco años de la ONCE y de lo que aquello significaba: una escolarización adecuada para un invidente (aunque a Agustina le pareciese un cruel desti-

no para su hijito). A fin de cuentas, Miguelito era feliz en su pueblo: lo conocía palmo a palmo, se movía por todos sus rincones con comodidad, participaba de los juegos infantiles casi como uno más e incluso asistía a la escuela de don Victoriano Paniagua (al que llamaban «maestro Melón»), pero solo de oyente.

La familia Durán Campos se componía, en el momento en el que Miguelito llegó al mundo, de siete miembros, esto es, Rafael, Agustina y sus cinco hijos: Leocadio, que entonces tenía once años; Juan, de ocho; Amparo, la mayor de las niñas, con cinco años de edad, y Elía, de tres, que dejó de ser la benjamina aquel 2 de julio de 1955 en el que nació Miguelito. Cuarenta días después de la llegada del nuevo bebé, el 19 de agosto de 1955, falleció el abuelo paterno, José, con lo que la familia pasó a contar en su vivienda con un nuevo miembro: la recién enviudada abuela Laureana, quien mantuvo invariable la costumbre, mientras vivieron en Azuaga, de ir a dormir todas las noches al domicilio de los Durán Campos, aunque de día iba a su propia casa, hacía sus tareas y mantenía su independencia. La misma que otorgaba a Miguelito, cuando este decidía acompañar a la abuela a casa en lugar de acercarse a la escuela, el privilegio de leerle novelas del Oeste. La única prohibición que le imponía la abuela Laureana a su nieto era la de no asomarse al pozo.

En el número 16 de la calle Pelayo, en el arrabal de Azuaga, cerca de la huerta del Portugués, en una modesta construcción vivían los Lechugos, que era el mote familiar de los Durán Campos, cuyo origen no es difícil de intuir, pero que jamás despertó una curiosidad desmedida en Miguel, aunque sí una cierta sensación de alivio.

 Mi padre era el Lechugo y yo fui durante años el ciegucecito de los Lechugos, seguramente porque a mi tatarabuelo lo asociaron, por algún motivo, con las lechugas. No era de los peores

motes —exclama Miguel entre risas—: estaban los Arrancachinotes, los Pelaspigas, los Culovellón, los Chuminitofino, los Churralarga, los Zapatones, los Malacara...

Bien mirado, la cosa podría haber sido mucho peor...

El hogar donde Miguelito vivió su más tierna infancia es hoy una casa rehabilitada. Cuenta Durán que, «aunque mis padres la vendieron cuando emigramos a Cataluña, la recompré en 1990 por persona interpuesta». Y añade:

Utilicé a un intermediario para que no supieran que era para mí [por aquel entonces, Miguel Durán era director general de la ONCE, y la organización, con una economía boyante y el marchamo de «nuevos ricos» que la acompañaba, se dedicaba a comprar participaciones de diversas entidades financieras, como el Banco Bilbao Vizcaya o el Banco Central; era accionista principal de la cadena de televisión Telecinco, dueña de la emisora de radio Onda Cero y socia en el accionariado de otros medios de comunicación], porque pensaba que me iban a subir el precio si descubrían que yo estaba detrás de la operación. El caso es que la compré, la puse a nombre de mi mujer, Marisol, la amplié y la restauré. Aunque formalmente es propiedad de mi mujer, yo considero que es de todos mis hermanos.

De la casa que fue hogar de Miguelito, quedaron poco más que los cimientos y ciertas estructuras básicas una vez realizada su recompra y rehabilitación. Pero Miguel Durán recuerda con nitidez cómo era aquella casa de pueblo. Tenía cuatro estancias, de las cuales la pieza central era la que recogía toda la actividad familiar diurna. En ella se cocinaba, almorzaba y cenaba; allí también cosía Agustina, que era la sastra del pueblo, pantalones y otras prendas. Aquella era, de hecho, la única estancia que tenía luz eléctrica, y era bajo su tenue bombillita donde se celebraba cualquier actividad familiar o laboral, salvo el descanso y las necesidades fisiológicas.

La casa tenía, además, tres pequeñas habitaciones. En la principal dormían los padres, Agustina y Rafael, y en las dos contiguas lo hacían Miguelito, Amparo, Elia y la abuela Laureana, en la primera, y los dos niños, Leocadio y Juan, en la segunda. Por aquel entonces ninguno era consciente de andar con estrecheces de espacios, aunque sí económicas. En definitiva, aquella era una familia más, una de tantas en un pueblo extremeño en la España de posguerra.

En cuanto al baño, como casi todos sus convecinos, tenían el corral para cualquier desahogo, y nada más, ya que lavarse por las mañanas se hacía en una palangana con agua. Para las necesidades fisiológicas, Miguel Durán recuerda hoy:

Había un espacio que tendría unos dos metros cuadrados, calculo yo, y lo llamábamos la «estercolera». Antes de ir, mamá nos daba papel de estraza, y allí nos aliviábamos. Aunque pueda sonar a situación paupérrima, a nosotros aquello no nos parecía nada extraordinario, porque entonces las cosas eran así para casi todos.

Salir a la «estercolera» a hacer sus necesidades junto a las pocas aves de corral que tenía la familia era algo habitual, aunque el hábito procurase algún que otro episodio extraordinario, como el que protagonizaron Miguelito y el único gallo que atesoraba la familia Durán Campos para que cumpliera con sus funciones diarias con las gallinas hasta ser sacrificado, con gran boato y para deleite de los comensales, por Navidad, o quizás por feria...

Aquel gallo, sin embargo, no llegó a Navidad. Su mala cabeza le hizo fijarse en el culito del pequeño Miguel, quien no podía ni prever ni contrarrestar semejante ataque por la retaguardia, pero sí chillaba de dolor a cada uno de los picotazos del sádico animal, que fue a ensañarse con él y con sus posaderas. Los gritos de Miguelito alertaron a Agustina, que corrió a

ahuyentar a la dichosa ave. Pero la pena impuesta por el cabeza de familia, al que Agustina puso al tanto en cuanto llegó del trabajo, fue la más dura. Ni bien supo lo que había hecho el animal con su pequeñín, el Lechugo fue al corral como una exhalación y blandiendo un ladrillo y se lo tiró a la cabeza al gallo. Muerto el gallo, se acabó el peligro. Y, bien mirado, la familia sacó su provecho de aquel incidente. En cuanto certificaron que el animal estaba muerto y bien muerto, lo desplumaron, lo desangraron y se prepararon para darse un festín como si fuera Navidad o un día de feria. No hay mal que por bien no venga.

Los Durán Campos eran una familia feliz, y el ciegucecito de los Lechugos, un niño feliz. Hoy es un adulto agradecido:

Yo fui un niño muy bien tratado para lo que la sensibilidad de aquel pueblo podía dar de sí. Lo más importante en aquella época, para casi todo el mundo, era sobrevivir. Mis convecinos eran hombres y mujeres con una cultura básica, pero con unos valores excepcionales. Yo fui un niño bien tratado por los adultos y nada maltratado por mis coetáneos. Es cierto que los niños son crueles, y alguna que otra cabronada tuve, pero nadie se cebó conmigo. Quizás soy así porque mis compañeros de entonces me trataron e integraron como a uno más... o casi.

Recuerda en este punto Durán algunos episodios infantiles en Azuaga, un pueblo de calles empedradas donde los niños se divertían tranquilamente tanto en los arrabales como en campo abierto o en la plaza de la iglesia. Miguelito jugó de «medio estorbo» al fútbol y a la billarda y participó en múltiples actividades infantiles, en la modalidad que fuese. También fue artillero con los muchachos de su barrio cuando se declaraban la guerra a pedradas con otros barrios. Y asegura: «No se me daba mal ni era yo carne de cañón, precisamente porque construíamos unos chambaos, que en realidad eran refugios, para

protegernos de las pedradas y lanzábamos muchas piedras por intuición, y de eso yo tenía un rato».

Tuvo Miguelito la suficiente intuición como para saber que, aunque no podía jugar a las canicas («bolindres», las llamaban los chicos del pueblo), sí debía convertirse de alguna manera en imprescindible entre sus compañeros cuando a estos se les antojaba aquel juego de precisión, imposible para un niño ciego. Así, Miguelito se reinventó y se convirtió en el prestamista de canicas del pueblo:

Yo no podía jugar a las canicas, pero tenía las mías y, cuando a alguien le faltaban, yo le prestaba, siempre que me devolviese aquellas mismas canicas y algunas más... Ya que no podía jugar, me tuve que buscar un hueco para hacerme necesario para los jugadores empedernidos. Aquel fue mi primer negocio, y la verdad es que no me fue nada mal, porque los niños solían pagar sus deudas. Aunque algún trompazo hubo que dar a algún moroso que se hacía el remolón, el balance fue muy positivo. Además, yo tenía unas canicas especialmente apreciadas por los jugadores, porque, mientras que las de la época eran de barro, yo las tenía de hierro. Mi hermano Leo, que trabajaba en el lavadero mecánico, me las traía de los rodamientos. Así me convertí en un banquero de canicas... Ya que no podía mirar, apuntar y disparar una canica para sacar otra del agujero, me inventé la fórmula para estar siempre presente y ser necesario para mis amigos. Yo era de los muy pocos proveedores de canicas de hierro, y cada una de las mías valía por diez de las de barro. Después empecé a hacer otro tipo de trueques, por golosinas y barquillos. Mi hermano Leo me traía veinticinco o treinta bolas de hierro casi todas las semanas. Aquella fue mi primera actividad comercial.

Aunque la faceta de prestamista no es precisamente la que puede disparar la popularidad de un niño, Miguelito, que era un superviviente, decidió compatibilizar su lado más fenicio con una generosidad extrema que sus amigos siempre agradecieron:

Si tenía chuches, las pocas que se podían comprar en mi pueblo, las compartía, y, cuando mi tío Julio, mi tío Leocadio o mi tío Manuel me daban una peseta, me compraba diez bolas de chicle o cuatro bolas de guindas de aguardiente, pero siempre repartía entre los amigos. Creo que tenía claro que, si era amable con mi entorno, este lo sería también conmigo.

De este modo, el benjamín de los Durán Campos se granjeó simpatías entre sus contemporáneos, pero la amistad profunda y verdadera, la sensación de tener una especie de ángel de la guarda, únicamente la alcanzó con su amigo del alma, Eugenio Manchón Morillo.

Cuando jugaban al escondite, era Eugenio quien lo asistía; en su primer amor infantil, fue Eugenio también quien escribió sus apasionadas notitas de enamorado a Rafalita, una niña que vivía en la calle Cenicero. Aunque su contenido era cosecha del propio Miguelito, Eugenio siempre actuó de amanuense. El caso es que aquellas notas debieron de ser el motivo por el que su destinataria, la niña Rafalita, de siete añitos, lo mandó a paseo. Y añade Miguel: «¡La pobrecita mía decía que yo era muy largo...!»». Eugenio fue sus ojos, su apoyo espiritual y la única persona por la que, finalmente, Miguelito mantuvo su resistencia a dejar Azuaga y reunirse en Sant Boi con el resto de la familia, que ya había emigrado en busca de una mejora económica y social: «Recuerdo que Eugenio me decía que, si me iba a Sant Boi, ya no podríamos jugar juntos nunca más, y eso me apenaba muchísimo». El 3 de octubre de 1965, cuando la familia Durán Campos abandonó definitivamente Azuaga, allí estaba Eugenio, en perfecto estado de revista, para dar a su amigo Miguelito un abrazo, un beso y hacerle una promesa: le iba a escribir. Eugenio cumplió su palabra. Él y Miguel Durán han mantenido el contacto con el paso de los años, quizás porque este, cuando se hizo un hombre —y un hombre poderoso—, volvió a su pueblo, recompró su casa y

promovió varias inversiones de la ONCE en Azuaga, como la creación de una fábrica de dulces. Hoy, Miguel tiene una plaza y un polideportivo que llevan su nombre en este pequeño rincón de Extremadura. De hecho, cuando estaba a punto de salir de la Dirección General de esta organización, sus compañeros murmuraban sobre el afán de Durán por favorecer insistentemente a su pueblo con dinero de la ONCE. «No sé si fue nepotismo o localismo, pero lo hice y no me arrepiento», exclama Miguel con un ligero movimiento de hombros, como si, francamente, le importase un bledo todo lo que dijeron de él sus compañeros de la ONCE antes de provocar su caída en desgracia y salida de la organización.

Durán adora su pueblo natal. Recuerda con nitidez sus olores, sus sabores y hasta las calles empedradas, que su memoria retuvo durante décadas. «El hombre que soy se debe a ese pueblo y a mis vivencias en él, porque yo tengo el sustrato sociológico de lo que allí había, que no me ha abandonado nunca. Vengo de allí... y eso es venir de muy abajo: aquello era el abajo del abajo.»

Los Durán Campos eran una de las tantas familias que vivieron con estrecheces, pero eran ajenos a parámetros de rentas per cápita y niveles medios de renta familiar. «A nosotros —recuerda Miguel— nunca nos faltó la comida... Mis padres tal vez sí pasaron hambre alguna vez para darnos más a nosotros, pero no teníamos la conciencia de ser una familia pobre.» Pobres, para ellos, eran los que tenían que ser atendidos por la beneficencia porque no tenían ingresos. El caso es que los Durán Campos fueron una sola vez objeto de atención de la Hermandad de la Vieja Guardia, una institución típica de la Falange dedicada a la beneficencia y la asistencia a familias pobres.

Miguel no se sintió un «niño pobre» casi nunca, salvo en muy contadas ocasiones. Y, cuando eso le ocurrió, no pudo evitar sentirse fatal. Recuerda con nitidez cuando la Hermandad se ocupó de él, un momento muy sonado entre sus compañe-

ros de juego. Durán puntualiza hoy que aquello ocurrió solo «porque yo era ciego, porque económicamente andábamos todos igual». Y añade: «Nosotros teníamos el salario de mi padre, y mi madre se sacaba también algún dinero cosiendo». Después, Miguel hace referencia a unas Navidades —las únicas— en las que los Reyes Magos fueron a hacerle una visita a domicilio:

Yo no sabía lo que eran los Reyes por aquel entonces. Vieron aquellos señores y uno de ellos me abrazó. Noté que le colgaba algo raro de la cara, supongo que sería la barba postiza, y me dio una caja de cartón con juguetes de plástico que recordaban efectos militares: tanques, soldados, armas...

Estaba Miguelito tan contento con sus juguetes nuevos y la visita de los Reyes Magos que no alcanzó a preguntarse por qué había sido él elegido y no otros de sus paisanos. Pero la ignorancia le duró bien poco. Al día siguiente, Magín, uno de los niños del pueblo, educado en la estrechez como el propio Miguelito y que, «por suerte», no había sido visitado por la Hermandad ni tenía la consideración de niño pobre o de pobre niño, le espetó a bocajarro: «Esto te lo han traído porque tú eres ciego, ¿no?».

Fin de la ensoñación. «En ese momento —aclara Durán— sí tuve conciencia de niño pobre, aunque en realidad era un pobre niño ciego para ellos.»

Lo que tenía muy claro Miguelito era su condición de niño libre. Campaba a sus anchas por su pueblo, jugaba con otros niños, iba o no a la escuela según le apeteciese; a veces prefería irse con la abuela Laureana a su casa, otras, más excepcionalmente, se marchaba con su padre a la fábrica donde este trabajaba de lunes a sábado, y allí jugaba entre sacos para alarma de los compañeros de trabajo de Rafael Durán, alias Miguel el Lechugo, que le advertían: «¡Se te va a descalabrar el

niño!». Pero aquello nunca sucedió. Miguelito se movía como pez en el agua en todos los rincones de aquella fábrica y se sentía orgulloso y feliz de acompañar a su padre durante el día y terminar con él la jornada laboral en una taberna conocida como la Cojonera. Mientras su padre jugaba a las cartas, el niño escuchaba las corridas de toros que se retransmitían en Televisión Española (TVE): «Recuerdo perfectamente la voz de Matías Prats —padre—, que era quien lo hacía...». Siempre que podía, Miguelito se agarraba de la mano de su padre, que le parecía gigantesca, y se marchaba allá donde él fuese. Quizás las actividades más divertidas para el pequeño Miguel eran los esquileos o esquilas. Su padre complementaba su jornal empleando el descanso dominical en tareas del campo: esquilar ovejas era una de ellas. Y, según Miguel, no se le daba nada mal, porque no recuerda escuchar balidos de queja de los animales cuando era el turno de esquila de su padre. Después, Miguelito tocaba el vellón, la lana recién esquilada, aunque el momento más esperado era sin duda el del almuerzo: preparaban cocido, sopa de ajo o migas y le daban un vasito de vino con gaseosa con apenas seis, siete u ocho años, algo que lo hacía sentir especialmente bien. Un Miguel adulto, amante del buen vino, aunque defensor de su consumo responsable, asegura:

Entonces no había tanta prevención y miramientos con los niños y el consumo de alcohol, y no era nada extraño que tu familia te diera vino desde pequeño, en pocas cantidades, pero sin ningún conflicto de conciencia. Yo recuerdo, incluso, fingir que estaba desganado para ver si me daban un vasito de quina, que decían que abría el apetito, o hasta un vaso de clarete con gaseosa.

Durán también acompañaba a su padre a las siegas y a todos aquellos empleos que le iban saliendo a lo largo del año y que complementaban los escasos ingresos de la familia. Su condición de niño ciego le permitía escabullirse de la escuela, donde, como

nada le enseñaban, nada le exigían tampoco, y aquellas visitas le granjeaban el trato amable y premioso de los compañeros de trabajo de su padre. Además, el niño pudo conocer de primera mano la historia del soldado del bando republicano que fue su padre, Rafael Durán. Una historia que, posteriormente, Miguelito fue reconstruyendo.

Rafael Durán, hijo de Azuaga, hizo el servicio militar, entonces obligatorio, en Madrid y se licenció el 13 de julio de 1936, justo el día en el que asesinaron al diputado conservador José Calvo Sotelo. «Pero mi padre no tenía ni puta idea de quién era Calvo Sotelo —apunta Miguel Durán—; de lo único que se enteró aquel día fue de que iban a remilitarizarlo a él cuando lo interceptaron en un tren de camino a Badajoz.»

Rafael Durán fue soldado del ejército republicano, destinado en Pozoblanco para intentar resistir el empuje del coronel Yagüe. Después de tres años de servicio militar, se chupó otros tres años de guerra. Dada su corpulencia (medía un metro ochenta y siete, que no era una estatura habitual para la época) y fortaleza física, fue camillero en el frente, hasta que las tropas de Franco los batieron. Luego pasó por varios destinos: el frente de Guadalajara, Teruel, Belchite e, incluso, la defensa de Madrid, y de ahí fue a Valencia y Barcelona. Con el fin de la guerra, como tantos otros, cruzó a Francia, donde estuvo en un campo de concentración. Aunque a Miguelito le ahorró muchos detalles de aquel episodio, sí le hizo saber que lo pasaron muy mal y que tres de sus paisanos de Azuaga murieron allí. En algún momento, ya terminada la Guerra Civil, a Rafael Durán y a otros que habían servido al ejército republicano les dijeron que podrían regresar a España si conseguían los avales correspondientes. Por el mero hecho de haber sido militares en el bando republicano no tenían por qué llevarse específicamente una incriminación penal, pero era imprescindible contar con los «avales» de gente considerada respetable por el régimen de Franco para poder volver a la península con

ciertas garantías. El abuelo de Miguelito consiguió esos avales y Rafael Durán pudo regresar a España. «A mí me contó mi padre —rememora Miguel— que entraron por Irún y que, cuando los llevaban en fila, extendían sus mantas y las mujeres de Irún, y también de San Sebastián, etc., les echaban comida, latas de conserva.»

Tras un largo camino de vuelta, Rafael Durán llegó a casa, a su Azuaga natal, donde encontró a Agustina, la novia que siempre estuvo esperándolo y guardándole la ausencia, como se decía entonces. El 15 de mayo de 1943, cuando Rafael y Agustina tenían ya treintaún años, se casaron, y al día siguiente el cabeza de familia se fue «de semana» a esquilar y realizar trabajos en el campo. Aquello no impidió que los Durán Campos empezaran a recuperar el tiempo perdido a toda velocidad, y los hijos fueron llegando: Leocadio, el primero, nació a los nueve meses de rigor, y el resto se fueron sucediendo hasta que, en 1955, a los cuarenta y tres años de Agustina, llegó Miguelito. Para entonces, la familia ya había progresado sensiblemente, y consiguieron pasar de vivir re-alquilados en una habitación con derecho a cocina a tener su propia casa.

Solo cuando no había otro plan mejor, el niño que veía lo traspuesto asistía a la escuela de don Victoriano, el maestro Melón, a hacer acto de presencia no obligatoria, pues tanto el profesor como su mujer, doña Alfonsa, tenían claro que poco o nada podían hacer por aquel o por ningún otro niño ciego.

Aún hoy, Miguelito recita de memoria la descripción geográfica de España tal como se enseñaba en la época: «España limita al norte con el mar Cantábrico y los montes Pirineos, que la separan de Francia; al este, con el mar Mediterráneo; al sur, con el mismo mar; al oeste, con el océano Atlántico...». Lo enuncia sin apenas hacer una pausa para tomar aire, y después añade: «Me lo sé de memoria, sí, pero a mí nadie me enseñó qué forma tenía el mapa de España o la península ibérica».

Miguelito se quedaba siempre en el mismo curso de primaria. Cada año sus compañeros iban cambiando de banco (estaban agrupados por niveles) conforme iban pasando de curso y avanzando en el temario, pero él seguía permaneciendo en el mismo. De hecho, podría haberse sentado donde le hubiese dado la gana, siempre que no molestase, claro, algo que procuraba no hacer, puesto que doña Alfonso, que ayudaba a don Melón a mantener el orden en el aula, tenía un palo que no dudaba en utilizar contra aquellos mocosos que se pusieran a montar follón. De hecho, Miguelito llegó a probar el «jarabe de palo» en una ocasión, y al primer golpe salió corriendo como alma que lleva el diablo y no paró hasta llegar a su casa.

Pese a todo, el niño aprendió a sumar y restar, aunque no gracias a su asistencia a la escuela. Fue su hermana Amparo, la mayor de las chicas, quien le enseñó casi todo. Miguel recuerda:

Nunca conté con los dedos, sino que hacía ejercicios mentales de sumas y restas, que se me daban muy bien. Además, Amparo me enseñó la forma, la grafía de los números y de las letras... Todavía recuerdo y podría dibujar con tinta la forma de las letras mayúsculas, aunque con las minúsculas no voy tan sobrado, la verdad. No sé exactamente cómo lo hizo, pero Amparo me enseñó a sumar, restar, multiplicar y dividir.

Hasta los diez años, Miguelito asistió a la escuela de don Melón y doña Alfonso para estar con sus amigos y poco más, mientras que era su familia la que le proporcionaba los pocos conocimientos (que fueron muchos, dada su condición de ciego) en materia de matemáticas, lengua y hasta expresión oral y dicción. Esta última parte se la debe a su abuela Laureana, aficionadísima a escuchar radionovelas. Miguelito compartió horas de radio con la abuela Laureana y, en ocasiones, también con su madre, e incluso descubrió su vocación (quiso ser abogado desde niño) oyendo una de ellas. No recuerda la ra-

dionovela en cuestión, pero sí el nombre del personaje que lo sedujo: Fanarin. Al abogado Fanarin le prestaba su voz uno de los miembros del cuadro de actores de radionovela de la Cadena SER, Pedro Pablo Ayuso. Y al niño le fascinó aquel letrado de tareas casi detectivescas, un hombre sagaz que siempre resolvía cualquier situación de forma admirable. Muchos años después, cuando Miguel empezó a ejercer como abogado, descubrió que aquello tenía poco o nada que ver con jugar a detectives. Pero él se acuerda con nitidez del personaje de aquella novela que transcurría en Rusia. Como aquella, también se tragó, en compañía de la abuela, otras famosas radionovelas, como *Ama Rosa*, *La casa de los Dalton*, *Sangre negra*, *El Coyote*, *La marca del Coyote*... Aún le resuenan las voces de Pedro Pablo Ayuso, de Matilde Conesa... Aquel consumo voraz de radionovelas al que lo indujo la abuela Laureana resultó ser parte importante de su educación hasta que Miguel tuvo una escolarización real y adaptada para ciegos. De aquella etapa, Durán asegura:

Yo tenía una vida muelle en Azuaga, donde estaba sin escolarizar. No es que fuera un pequeño salvaje, pero digamos que no estaba muy cultivado. En cierta medida, fueron las radionovelas, los esfuerzos de mi hermana Amparo y la afición de mi abuela Laureana a las radionovelas las que me culturizaron un poquito.

La abuela Laureana, una viejecita pulcra de largos cabellos blancos que recogía invariablemente en un tirante moño, le enseñó también a atarse los cordones de los zapatos y a peinarse, todo ello mientras sintonizaban principalmente Radio Sevilla para escuchar radionovelas y muchos programas de discos solicitados. Amante de la copla, Laureana formó a Miguelito en saber apreciar a intérpretes de la canción española como Antonio Molina, Juanita Reina, Marifé de Triana o Rafael Farina, entre muchos otros. Pero quizás lo que más agradeció

el niño de su abuela fueron las largas horas que ella dedicó a leer en voz alta para su nieto, el ciegucecito. Eso sí, el género lo elegía ella, así que, siendo Laureana una consumidora impenitente de Marcial Lafuente Estefanía, Miguelito hizo un máster (sin lugar a dudas, presencial) en novelas del Oeste.

Cuando Durán cumplió los cinco años, las minas de plomo y vanadio cerraron, y entonces comenzaron la decadencia... y el éxodo. Los hijos de Curro el Mono, el vecino de Miguelito, fueron de los primeros en abandonar el pueblo en busca de una oportunidad. Emigraron a Suiza, desde donde enviaban dinero a su familia, que seguía todavía en Azuaga. Sin embargo, el destino por excelencia de los emigrantes de Azuaga era Barcelona, concretamente Sant Boi de Llobregat. De hecho, los nacidos en Azuaga y censados en Sant Boi llegaron a ser, en otros tiempos, hasta cinco mil personas, una cifra muy abultada considerando que Azuaga tiene en estos momentos alrededor de ocho mil quinientos habitantes.

Sant Boi de Llobregat, la ciudad donde Miguel Durán sigue residiendo en la actualidad, fue un polo de desarrollo en los años sesenta e incluso en la década posterior. Esta localidad barcelonesa estaba entonces en plena expansión. Las viviendas se multiplicaban y, aunque nadie recuerda quién fue el primero, en Azuaga suponen que alguien del pueblo fue a parar a Sant Boi y empezó a tirar de familia, amigos y conocidos.

Mi hermano Leo fue el primero de mi casa que se fue a Barcelona. Y ya eligió Sant Boi como destino. Fue en 1963, cuando Leo tenía dieciocho años. Siguió la pauta habitual: en primer lugar, hizo un viaje de exploración para buscar un sitio donde vivir; más tarde, se fue allí, como se decía entonces, *de mestressa*, y acabó convirtiéndose en un excelente mecánico de maquinaria pesada. Pero lo que más nos impactó fueron las doscientas pesetas que nos mandaba semanalmente, ¡que eran el ciento cincuenta por ciento del sueldo de mi padre!

Los movimientos migratorios ligados a los polos industriales permitieron que floreciesen en paralelo el sector de la construcción, las pensiones, los alojamientos modestos e incluso un tipo de hospedaje *low cost* que consistía en pagar por vivir en la habitación de una vivienda ya habitada, donde la señora de la casa, la *mestressa*, como se la llamaba en catalán, ofrecía, junto con la estancia del inquilino, las comidas: una especie de pensión, pero en pequeña escala. Leo se fue *de mestressa*, y aquello se notó sensiblemente en la economía familiar de los Durán Campos. Ni siquiera un niño como Miguelito pasó por alto el cambio:

Yo adoraba las aceitunas, me encantaban, pero eran una especie de artículo de lujo para nosotros y no se podían comer a menudo ni, mucho menos, todos los días. El caso es que, desde que Leo se fue, yo iba con frecuencia a comprar al colmado de Quico el Quiloso, y casi siempre había aceitunas en la lista que me mandaba mi madre.

Quico el Quiloso, un simpático y lenguaraz tendero que durante años gastó a Miguelito la misma broma de decirle que tirase fuerte de su dedo corazón y, en el momento del tirón, obsequiar con un sonoro pedo a la criaturita, dejó de venderles fiado a los Durán Campos, no porque no pagasen, sino porque ya no necesitaban comprar a crédito la dieta familiar. El desahogo económico de la familia de Miguelito animó también al tío Lorenzo a coger su petate y buscar fortuna en Sant Boi, donde, para empezar, se fue a vivir *de mestressa* junto a Leo.

Cuando Leo volvía al pueblo a ver a su novia, no paraba de decirles a todos que tenían que irse para allá. Cantaba las bondades económicas y las oportunidades que ofrecía su nuevo destino con tal énfasis que la familia Durán Campos empezó a acariciar la idea de trasladarse a vivir a Barcelona, en Sant Boi.

Yo recuerdo a mi tío decirle a mi padre: «Este niño —se refería a mí— podrá ir a una escuela allí, y aquí, en cambio, ya sabes que no». Pero lo definitivo fue que a mi madre dejó de parecerle mal enviarme a la escuela, porque ella, como el resto de la familia, pensaba que, si estábamos en Barcelona, en la gran urbe, yo podría ir al colegio allí y, en conclusión, no tendríamos que separarnos. Hasta entonces, el colegio más cercano para niños ciegos estaba en Sevilla, que quedaba lejísimos de nuestra casa, pues el viaje hasta allí era de ¡alrededor de seis horas en furgoneta desde Azuaga!

Los cálculos de Agustina no eran del todo correctos. Ciertamente, la ONCE tenía un internado para niños ciegos en Sevilla, pero, aunque a ella le pareciese lo más lógico del mundo, no lo había en Barcelona: ni internado ni, mucho menos, colegio externo. De hecho, fue el propio Miguel Durán quien se encargó, décadas después, de ordenar la construcción del colegio de la ONCE en Barcelona y de inaugurarlo, siendo ya director general de la organización y cumpliendo con una histórica reivindicación del entonces *molt honorable* Jordi Pujol. Aquello fue una especie de intercambio de favores, pues había que tener contento a Pujol para que la Generalitat tratase con «cariño» a organismos e instituciones que dependían de su gestión, sus permisos y sus licencias. No fue el primero ni el último ejercicio del *quid pro quo* que protagonizó Miguel Durán (en nombre de la ONCE) con Jordi Pujol (en nombre del Gobierno catalán), pero aquella y otras historias llegarían muchos años después.

El 9 de enero de 1964, Leo volvió a su pueblo natal para celebrar las fiestas navideñas y acabó convenciendo a su hermano Juan de que, a sus dieciséis años, lo acompañase a Barcelona y labrase allí su futuro como pintor de brocha gorda. Juan reunió sus pertenencias y se fue con Leo a Barcelona. Con dos de los hijos viviendo y trabajando en Sant Boi, el resto de la

familia Durán Campos recibía semanalmente trescientas cincuenta pesetas... ¡un dineral!

Quizás fue por aquella prueba palpable del progreso económico familiar que conllevaba el traslado o por el afán de reunificar a todos los miembros de la familia bajo un mismo techo, pero el caso es que Agustina dejó de susurrar al oído de Miguelito que llorase con todas sus fuerzas cuando le insinuasen la posibilidad de ir a estudiar a un colegio para niños ciegos. La última resistencia estaba vencida, y el traslado de la familia Durán Campos (o lo que de ella quedaba en el pueblo) era ya inminente.

El domingo 3 de octubre de 1965 fue el día elegido para iniciar el viaje a Sant Boi. En aquella época, las comunicaciones ferroviarias dejaban mucho que desear, por lo que los Durán Campos tardaron alrededor de cuarenta horas en llegar a Barcelona desde Azuaga. Luego de las despedidas de rigor, lágrimas y abrazos, dejaron atrás el pueblo del que hasta entonces Miguelito solamente había salido para ir a las diferentes consultas de los oftalmólogos. Aun así, él era con diferencia el niño más viajado de Azuaga.

Salieron a las siete de la tarde y tomaron un tren de vía estrecha hasta Peñarroya-Pueblonuevo (Córdoba). Desde allí, la siguiente parada era Almorchón, un nudo ferroviario próximo a Ciudad Real, el último enlace antes de tomar rumbo a Madrid. Llegaron a la estación de Atocha sobre las once de la noche, y la salida hacia Barcelona estaba prevista para las ocho de la tarde del día siguiente, el 4 de octubre. Aunque su hermano Leo y su tío Lorenzo los esperaban en la estación de Francia desde las nueve de la mañana, el tren arribó con algo más de dos horas de retraso. ¡Por fin habían llegado a Barcelona! El último trayecto hasta su nuevo hogar, en Sant Boi de Llobregat, lo harían en el entonces llamado *carrilet*, un tren que cubría pequeños recorridos dentro de la provincia de Barcelona. Esos trayectos los realizan hoy los Ferrocarril-

les Catalanes, gestionados por la Generalitat de Cataluña, en maquinarias y vagones mucho más evolucionados, confortables y seguros.

La familia Durán Campos llegó en el *carrilet* a Sant Boi, la localidad que iba a ser su hogar para el resto de sus vidas. De hecho, Miguel Durán sigue viviendo allí en una zona residencial, en un tranquilo y acogedor chalet de tres plantas con piscina, bodega y un enorme despacho con vistas en la planta superior. Nada que ver con el pisito en el que se amontonaron los Durán Campos a su llegada a Sant Boi. Nueve almas convivían en una vivienda de cincuenta y cuatro metros cuadrados: Rafael Durán y Agustina, sus cinco hijos, la abuela Laureana y el tío Lorenzo, que había dejado de vivir *de mestressa* para instalarse en el domicilio familiar de los Durán Campos, en una habitación que compartía con su madre. Las otras tres habitaciones (minúsculas, evidentemente) daban cabida al matrimonio, en la primera; a los chicos Leo, Juan y Miguelito, que pasaba ya a dormir con los adultos, en la siguiente, y a las chicas, Amparo y Elia, en la otra. Por aquella vivienda diminuta a la que tanto partido sacaron pagaban mil ochocientas pesetas mensuales de alquiler. No era un precio caro, pero había que tener en cuenta que la casa todavía estaba en construcción o, al menos, una parte del edificio estaba aún por terminar. El piso tenía un saloncito minúsculo que utilizaban como comedor por turnos, puesto que, según relata Miguel, «éramos tantos que no podíamos comer ni sentarnos a la mesa todos a la vez». Para sorpresa de los recién llegados, había un cuarto de baño integrado en la casa, aunque era pequeño y todavía estaba en obras, pues cuando la familia se había mudado allí solo había encontrado una letrina en aquella estancia. Meses después, instalaron el inodoro y hasta un plato de ducha.

Los primeros recuerdos de Barcelona que conserva Miguel Durán están relacionados con ciertos sentidos que sí tenía y sigue teniendo bien desarrollados: el olor y el sabor. Recuerda el

olor típico a soldaduras, ese tufo acre que desprende un metal fundido. El tufo formó parte del aroma de su hogar todo el tiempo que tardó en concluir la construcción de aquella casa de Sant Boi, pero Miguel tiene todavía más vivo en su mente el sabor del agua. Fue de lo primero que hizo al llegar a su nueva casa: pedir un vaso de agua. Le arrimaron un botijo y bebió un buen trago para calmar su sed... ¡Le supo a rayos! Miguelito no sabía una palabra de agua clorada por cuestiones de salubridad e higiene, pero enseguida descubrió que, aunque el agua pueda ser incolora e inodora, en Barcelona la del grifo no era de ningún modo insípida.

Sant Boi era para todos ellos la puerta al progreso, y los Durán Campos se lanzaron de lleno a la búsqueda de un nuevo horizonte económico familiar. Elia entró con trece años como dependienta en un comercio, y Amparo, la mayor, empezó a trabajar en una fábrica de piezas de metal. El cabeza de familia optó por un puesto de empleo en la construcción, pero al poco tiempo se incorporó a la fábrica de maderas donde ya trabajaba el tío Lorenzo.

Aunque Barcelona resultó ser una ciudad cara, acostumbrados como estaban los Durán Campos a la austeridad, la acumulación de salarios los impulsó económicamente y empezaron a progresar a gran velocidad. Prueba de ello fue que, a los pocos meses de desembarcar en Sant Boi, tenían ya una televisión en casa. La compraron como se estilaba en la época: a plazos. Aquel aparato dio un gran servicio a la familia y, en especial, a Miguelito, que, si algo había perdido a su llegada a Barcelona, era su libertad: la posibilidad de correr y vagar por las calles solo, de ir a comprar los mandados de su madre y su abuela o de salir a jugar con otros niños a la calle. Era un niño ciego y sin escolarizar en una gran ciudad que le era hostil, con sus vehículos, sus grandes avenidas, el asfalto, los muchísimos transeúntes desconocidos... Todo resultaba amenazante para Miguelito, quien no tuvo más remedio que recluirse en casa y

salir al minúsculo patio en obras a dar patadas a un balón de trapo que le había comprado su hermano Juan, o a moverse en una suerte de patinete, un artilugio que Leo, el hermano mayor, le había construido con los cojinetes que sacaba de la fábrica donde trabajaba. En aquel patio interior, de cinco metros cuadrados, jugaba en solitario y con muchas limitaciones. Seguramente por ello, Miguelito echó mano profusamente de otras aficiones, y enseguida su interés por las radionovelas o programas radiofónicos de cualquier género y las horas que dedicaba a ello se incrementaron. Confiesa que lloraba con solo oír la sintonía de *El consultorio de Elena Francis*. También se ponía delante de la televisión a escuchar lo que se ofreciera en la parrilla. Miguel Durán comenta al respecto:

Sentía una cierta frustración por no poder salir solo a la calle. Aquel fue un año agrídulce para mí. Recuerdo haber llorado a escondidas para que no me viese mi madre, porque no quería preocuparla. Yo adoraba a mi madre y tenía mucho miedo a que me faltase algún día. De hecho, era tan dependiente de ella y tal era el pánico que tenía a perderla que aquella posible pérdida fue para mí un sueño recurrente durante mucho tiempo, o más bien una pesadilla... En ella, mi madre me faltaba y yo tenía un profundo sentimiento de desamparo. Debo confesar que mantuve ese sueño hasta la adolescencia, y admito que solo dejé de depender de mi madre cuando conocí a mi novia, porque entonces pasé a depender de ella. Fue una especie de traspaso de responsabilidades.

Las únicas salidas de Miguelito fueron siempre acompañado de su madre y, en ocasiones, de la abuela Laureana: iban a visitar paisanos de Azuaga, a hacer alguna compra a Galerías Preciados o a buscar mantas y sábanas o manteles para casa a La Mallorquina, en el centro de Barcelona. Pero, a grandes rasgos, Miguelito se sentía enjaulado en su casa de Sant Boi. Hoy relata:

Poco después del aterrizaje en nuestro hogar, mi tío Lorenzo empezó la ofensiva consistente en lograr contactos e influencias para poder colocarme en la ONCE. No tardamos mucho en descubrir que, contrariamente a la idea de mi madre, la ONCE no tenía ningún colegio para niños con ceguera en Barcelona.

De hecho, el colegio más cercano estaba en Alicante. Pero ni la distancia pudo con la firme voluntad de mandar al niño al internado para que allí trataran de hacerlo un hombre. Y añade Miguel:

Un buen día, mi tío Lorenzo, que no era muy de ir a la iglesia, me llevó a misa con los padres salesianos y habló con un cura que le prometió que iba a hacer gestiones con la ONCE. Nos dijo que teníamos que ir a visitar la delegación de la ONCE, y recuerdo que allí nos fuimos mi padre, mi tío Lorenzo y yo en agosto de 1966. La delegación de la ONCE era un edificio lóbrego y grande. Un señor me dio una especie de librito con puntos y me dijo que me lo podía llevar a casa. Aquel fue mi primer contacto con el lenguaje braille.

En poco tiempo, Miguelito consiguió aquellas influencias y se convirtió en afiliado de la ONCE. Como el mundo es un pañuelo, Durán descubrió, diecinueve años después, que la persona que firmó su ficha de afiliación en la ONCE era la que más tarde sería su secretaria, la que le asignarían al llegar a delegado de la ONCE en Cataluña, Amparo Pujadas. Entonces, él ya tenía veintinueve años y ella, el doble, cincuenta y ocho. Hoy todavía siguen siendo buenos amigos, «salvando las diferencias ideológicas que tenemos —apunta Durán con una sonrisa—, porque ella es independentista y yo, un españolazo, pero nos queremos mucho». Como tantos otros catalanes que se quieren bien, evitan hablar entre sí del conflicto catalán y del independentismo de nuevo cuño.

Desde que aquel cura salesiano se interesase por Miguelito y manifestase su voluntad de «echarle una mano», apenas había pasado un mes cuando, en septiembre de 1966, llegó una carta a casa en la que se le invitaba a incorporarse a la escuela de educación integrada de la ONCE, situada en Alicante, para iniciar sus estudios. El 4 de noviembre de aquel año, Miguelito tendría que comenzar una nueva vida: separarse por primera vez de sus padres, su familia y sus amigos.

Recuerdo el llanto y el crujir de dientes de mi madre. Por el contrario, mi padre y mi abuela no paraban de decirle a mi madre que mirase cómo estaba yo de asilvestrado en Sant Boi, que me iban a hacer un hombre de provecho, que iba a estudiar mucho en Alicante... Yo decía que sí, pero me aterraba la idea de marcharme lejos de mi familia.

Miguelito habría de descubrir el sabor de sus propias lágrimas y el dolor que producen la sensación de abandono y la de desamparo el día que llegó al internado de la ONCE. Lo que no sospechaba entonces eran los momentos felices que iba a pasar en aquel lugar, ni tampoco que él, el niño que veía lo traspuesto, acabaría siendo, gracias a la ONCE, el ciego más poderoso y mediático del panorama español durante los años ochenta y noventa.